

# Carta de Georges Clemenceau

*Todos los mexicanos debieran conocer los fragmentos que transcribo a continuación. Proceden tales fragmentos de una carta dirigida por Georges Clemenceau, que a la sazón tenía veinticinco años, a alguna amiga suya, y la carta está fechada en New York, el 6 de septiembre de 1867, meses después del fusilamiento de Maximiliano.*

*Por aquellos días, el joven Clemenceau, reñido con su familia, residía en los Estados Unidos. He encontrado este curioso documento en Le Cri de Paris, año de 1919. De él resulta que el gran Tigre, vencedor de la guerra de 1914-1918, estaba al lado de Benito Juárez.*

Alfonso Reyes

Señora mía:

...Tenemos un pleito pendiente... ¿Qué diablos le ha dado a usted de compadecer a Maximiliano y a Carlota? Sí, por Dios, ya lo sé: estas gentes son siempre encantadoras. En eso ya estábamos de acuerdo: hace cinco o seis mil años que lo sabemos. Ellas poseen la receta de todas las virtudes y el secreto de todas las gracias. ¿Sonríen? ¡Son deliciosas! ¿Lloran? ¡Son conmovedoras! ¿Nos dejan vivir en paz? ¡Qué exquisita bondad! ¿Nos despedazan? ¡Es culpa de la situación!

Pues bien, déjeme usted decirle una cosa; todos esos emperadores, reyes, archiduques y príncipes son grandes, sublimes, generosos y estupendos, y sus princesas serán todo lo que usted quiera; pero yo los detesto, y con un odio sin cuartel, como se odiaba allá por el año de 1793, cuando se llamaba "el execrable tirano" al imbécil de Luis XVI.

Entre nosotros y estas gentes hay un duelo a muerte. Han hecho matar, bajo incontables torturas, a millares de los nuestros, y yo apuesto a que nosotros no habremos logrado matarles arriba de dos docenas.

Cierto: la casta de los que explotan la imbecilidad humana es muy abundante, pero, puesto que esas gentes van a la cabeza contra ellas debemos atacar. Yo no siento piedad por ellas; compadecer al lobo es cometer un crimen contra las

ovejas. El tipo aquel se proponía un crimen incalificable; y aquellos a quienes quería matar le han dado muerte. De que mucho me felicito.

Su mujer se ha vuelto loca: nada más justo; esto casi me convence de que hay una Providencia. Fue la ambición de esta mujer lo que empujó al idiota del marido. Ha habido que matar a muchos hombres para que la linda Carlota sea saludada con el nombre de emperatriz; pero, por lo visto, aún quedaban vivos algunos. Mire usted: lamento que esté loca, después de todo, porque así no puede comprender que su marido ha muerto por culpa de ella, y que es un pueblo el que ha tomado legítima venganza.

Por lo demás, no acuse usted a ningún extraño: Si Maximiliano sólo fue un instrumento, su papel es todavía más vil (pues hay cierta grandeza en un magnífico crimen bien premeditado), y no por eso es menos culpable.

Ya ve usted que soy feroz; y lo que es peor, en este punto soy intratable y no cambiaré de opinión. Creo que, hablando de esto, me he extendido más de la cuenta. Pero es que no comprendo qué le ha dado a usted por andarse con miramientos para esta ralea de personas. Créame usted: todos son iguales. Si, por imposible que parezca, hubiese un infierno, y si no hubiese allí un perol especial para hervir a estos sujetos, mi estimación por Dios bajaría de grado...

*Y, tras los gruñidos del Tigre, recordemos las nobles palabras de la carta dirigida por Juárez a Maximiliano el 28 de mayo de 1864:*

¿Es dado al hombre, señor, atacar los derechos ajenos, apoderarse de los bienes ajenos, atentar contra la vida de los que defienden su nacionalidad, hacer de sus virtudes un crimen y de los vicios propios una virtud? Pero hay una cosa que está fuera del alcance de la perversidad, y es el fallo tremendo de la Historia. Ella nos juzgará.